

CONSTRUIR A CARTAGENA DESDE LO PÚBLICO

Por: Carmen Cabrales Vargas

Docente de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Universidad de Cartagena

En Colombia el proceso de industrialización y urbanización produjo el surgimiento, auge y consolidación de un número considerable de ciudades que han tenido como propósito fundamental el de apoyar el desarrollo económico y político del país, pero no el de ser asiento de una población que encuentre en ellas los recursos necesarios para habitarlas. Hoy, en algunas de estas ciudades aún persiste un escaso compromiso social de parte de sus administradores y dirigentes, para convertirlas en el espacio propicio para adelantar el ejercicio de la ciudadanía.

Cartagena como lo han mostrado recientes investigaciones sobre lo urbano lideradas algunas desde la Universidad de Cartagena, no escapa a esta situación. Los planeadores, administradores y dirigentes de la ciudad: Alcaldía, Concejo distrital, gremios, empresarios, urbanizadores entre otros, han adherido a una planeación poco incluyente de las diversidades de las dinámicas urbanas que aquí se desarrollan. Por el contrario esta planeación ha estado dirigida a responder a imaginarios urbanos de ciudad que la representan como patrimonio histórico de la humanidad, ciudad balnearia e industrial.

Todo ello ha transcurrido en contraposición a las necesidades y expectativas de la mayoría de sus habitantes quienes ante esta situación no han construido desde el ejercicio de la democracia ciudadana una visión de ciudad compartida por todos que la convierta en el espacio que se quisiera para el desarrollo cultural, político, económico y ambiental de la misma. No obstante, los habitantes no beneficiarios de los imaginarios urbanos que han sido objeto de intervención de la política pública para la ciudad, han formado diversas Cartagenas desconocidas y poco valoradas por la institucionalidad.

La política pública para la ciudad debe convertirse en una de las preocupaciones del ámbito académico, ya que a la universidad pública estatal le corresponde pensar la ciudad como espacio inclusivo con funciones de integración social y educativa, por ello debe contribuir en la producción de conocimiento, para sobrepasar la lectura técnica de los planeadores que solo muestran la ciudad en términos de carencias - de servicios públicos domiciliarios - y de déficits - en

hospitales, cupos educativos, cobertura en vivienda -, dejando de lado por falta de reflexión sistemática otros aspectos relevantes que en últimas son los que configuran la dinámica invisible pero real de esta ciudad. Se hace necesario que la investigación sobre lo urbano en esta ciudad responda entre otras a una serie de interrogantes como por ejemplo ¿qué normas sociales y jurídicas guían el uso de los espacios públicos?, ¿cuál es el carácter de las relaciones que establecen los habitantes con su ciudad?, ¿cuál es el sentido de territorialidad que han desarrollado? ¿Cómo se integran los habitantes a la ciudad? ¿cuáles son los mecanismos de exclusión urbana que existen?.

Los resultados de las investigaciones urbanas en Cartagena, muestran una ciudad desconocida para la sociedad colombiana y para parte de los habitantes de esta ciudad, en ella predomina la fragmentación de su espacio físico y una profunda segmentación social; de otra parte la aqueja una profunda desterritorialización de sus habitantes y una permanente movilidad física. Parece, que el no ser pensada como una ciudad caribeña hispanoamericana, multicultural y pluriétnica en últimas es una razón de peso para que se operen procesos de exclusión urbana y no de inclusión a las diversas expresiones que en ella se dan.

Que Cartagena es una ciudad fragmentada no se puede negar, así lo muestra el mapa urbano que la constituye, los numerosos barrios que la conforman se encuentran aislados a pesar de su cercanía física, en unos casos son accidentes geográficos - caños, ciénaga, lomas - los que instauran la división a pesar de su confluencia en ellos de un mismo estrato social; en otros casos esos accidentes se usan como marcas para establecer las diferencias de estatus entre un barrio y otro. Es fragmentada también en la medida en que las historias de surgimiento de sus barrios no tiene puntos de encuentro por ser producto de diferentes procesos de poblamiento y no han hecho parte de la planeación oficial de la ciudad; o por que no se ha construido entre ellos una continuidad dada por fáciles accesos viales o peatonales que les permita compartir sus espacios y experiencias.

No hay duda, Cartagena es una ciudad segmentada socialmente, no solo por que la gran mayoría de sus habitantes al ubicarse en los estratos 1, 2 y 3 no tienen acceso a los beneficios que la ciudad brinda sino por que las representaciones sociales que predominan en la ciudad visible es la de ser blancos, ricos, educados y vivir en barrios y en casas buenas para ser tenidos en cuenta.

La permanente movilidad espacial a que está sometida la ciudad en las últimas décadas producto de las inmigraciones y de las migraciones residenciales intraurbanas han hecho de ella una ciudad con una inmensa población nueva que

se establece en ocasiones en barrios ya constituidos y en otras en localidades que ellos fundan pero que al desconocer y no compartir historias, tradiciones, prácticas socioculturales e imaginarios predominantes y no tener por tanto elementos que los integren se convierten en habitantes sin territorio propio y para ellos no tiene mayor significado estos nuevos espacios de vivienda y menos aún puede tenerlo la ciudad que desconocen. La desterritorialización es un fenómeno que anuncia la profundización del poco sentido de pertenencia a la ciudad y un mayor alejamiento en la construcción colectiva de procesos mancomunados.

Frente a los notables procesos de exclusión que se desarrollan contra el grueso de la población esta ha generado un sinnúmero de estrategias de inclusión a la ciudad. En algunas ocasiones es a partir de la construcción de la microlocalidad la que da la opción de ser de ese lugar, de pertenecer a ese espacio y a través de él a la ciudad; la inclusión se logra al participar de grupos cívicos, folclóricos o deportivos que han alcanzado cierto grado de aceptación. En otros casos hay que hablar del lenguaje, la música, el comercio informal, el servicio doméstico, el ejercicio de la política y el surgimiento de un dinámico sector residencial de estrato medio que llevó al traste la división de barrios malos y buenos. En fin, estos mecanismos de inclusión a pesar de distar mucho de una verdadera participación en los beneficios que la ciudad ofrece se convierten en los hilos invisibles que en alguna medida acercan los fragmentos que la constituyen.

Cartagena no se acepta como una ciudad caribeña hispanoamericana multicultural y pluriétnica y por tanto desconoce la diversidad que es necesario consultar para fines de la planeación del espacio público que propicie la convergencia de diversos intereses; en la administración de los recursos que valide la variedad infinita de necesidades, en la formulación de políticas culturales y educativas que apoye las diferentes expresiones étnicas, y en la construcción de una cultura ciudadana que propugne por el logro de identidades a partir de la diversidad.

De paso, Cartagena no ha construido una continuidad en sus espacios, monumentos, barrios, historias, al contrario todos estos elementos que pueden ser aglutinadores se presentan dispersos y no logran dar una visión de conjunto de la ciudad; parece que esta se construye a saltos, que está hecha de cuadrículas aquí y allá, que la zonificación de la misma en lugar de ser un beneficio solo lleva a la desarticulación de las partes que la integran.

Cartagena no puede seguir sosteniendo esta situación, lo que está ante nuestros ojos es una ciudad que cada día se resquebraja más no sólo por la inexistencia de un propósito de construir una ciudad para todos sino por que no existen en ella

elementos que le den coherencia e identidad. Se ha convertido en una ciudad que para sus habitantes no es fácil utilizar sus recursos, ni es legible desde lo constructivo - formativo, educador - sino precisamente desde lo excluyente. Cartagena no presenta rasgos de identidad que aseguren la pertenencia de sus habitantes al barrio, tanto como la integración a la totalidad urbana, que al tiempo que apoya las individualidades, las diferencias y el anonimato permita surgir los puntos de encuentro y las colectividades.

Es un hecho que a medida que la ciudad se ha ido urbanizando ha venido sufriendo un proceso de deterioro en su conformación como espacio aglutinador y de confluencia de diversos intereses; estalla en una multitud de pedazos uno por cada barrio, uno por cada parque o plaza, uno por cada vía vehicular o peatonal; no hay dos Cartagenas como se ha creído, hay múltiples Cartagenas todas desarraigadas y que no confluyen en ningún punto. Esto salta a la vista cuando constatamos el aislamiento físico y social al interior de las zonas periféricas y entre estas y el centro histórico y moderno, en ello encontramos que la ciudad no se amarra por ningún lado.

Para construir esta ciudad a la medida de sus habitantes hay que reconstruirla en lo público. En la ciudad organizada para todos, que ofrezca con calidad sus bienes y servicios, que estos sean de acceso a los que la habitan, que sea entendible y beneficioso su ser histórico, que puedan expresarse los deseos las necesidades y las propuestas para una mejor ciudad, en fin, que los destinos de la ciudad puedan ser definidos y defendidos por quienes en ella vivimos.

Es preciso rescatar y construir para la ciudad nudos que la conviertan en un tejido sólido, y es esta una de las perspectivas en las que hay que trabajar. Lo público es el ámbito que va a permitir tejer una nueva ciudad, que hará posible el encuentro de los iguales y de los diferentes, de la discusión colectiva y de la propuesta individual, del conflicto y del entendimiento, del aquí el ahora y el futuro. Es necesario volver la cara a la ciudad, pensar en ella, respetarla, apoyar lo que le conviene, dejar de lado los intereses individuales y personales y asumir la defensa de lo colectivo y lo público.

No hay duda, es preciso comenzar de nuevo. Construir entre todos una cultura de ciudad que nos permita saber comportarnos en ella y con ella, que conozcamos nuestros deberes y derechos, que no la apropiemos como un objeto sino que nos relacionemos como sujetos. Una cultura para vivir y construir esta ciudad implica no solo un proceso educativo sino también el establecimiento y cumplimiento por parte de todos de reglas y normas que fijen como hay que vivir en Cartagena. Una cultura para vivir en Cartagena debe ser el primer proyecto conjunto que adelantemos en la ciudad.